

## El poder de los discursos o el discurso del poder

**F**recuentemente hemos reflexionado sobre la realidad estructural o coyuntural del país, con el objeto de ofrecer una palabra universitaria. Nuestra opción es por la sociedad en su conjunto y por la solución más racional y justa a los graves problemas que la afectan. Por ello hemos tratado de tomar siempre una postura crítica frente a cualquier proyecto, reconociendo los valores de cada uno y señalando los fallos o errores que, a nuestro juicio, puedan tener.

Si este Editorial se refiere a una de las partes en conflicto, no es porque se desconozca la otra parte, sus limitaciones y defectos. No pretendemos avanzar sobre los análisis de la totalidad que ya hemos realizado anteriormente. Todos los medios de comunicación han dado una importancia inusitada a las divisiones e invectivas entre la gran empresa y el gobierno, así como a los discursos de los principales voceros de ambos sectores y de la administración norteamericana. Este acontecimiento amerita una palabra universitaria que aporte elementos de racionalidad, que ayuden a encauzar el proceso hacia una verdadera solución.

De parte del FDR-FMLN, en cambio, no ha habido durante el mes de julio discursos importantes que ameriten su análisis, lo que de por sí constituye una deficiencia en momentos tan trascendentales. Ni las entrevistas concedidas por el Dr. Ungo a "El Nuevo Diario" de Nicaragua y por Salvador Samayoa a la Agencia API aportan nuevos elementos ideológicos que ameriten su estudio, ni tampoco las declaraciones de dirigentes del FMLN en el sentido de que frente al fracaso de la mediación no les queda otra alternativa que la intensificación de la guerra.

## 1. Tres discursos.

*Julio ha sido un mes de discursos y declaraciones de parte de los diversos sectores que componen uno de los polos fundamentales del conflicto salvadoreño. Los discursos reflejan, por un lado, el fracaso de una política que ha conducido el conflicto hacia un callejón sin salida y, por otro lado, la búsqueda de un nuevo discurso capaz de aglutinar ideológicamente a estos sectores.*

*Los mejores intentos, nacionales e internacionales, por buscar una salida negociada y pacífica al enfrentamiento, chocaron con la obstinada intransigencia de los Estados Unidos y de la Junta de Gobierno, quedando abortada la esperanza de un proceso por el que, antes o después, habrá que pasar. La intransigencia resulta tanto más irracional cuanto que las acciones bélicas muestran que la Fuerza Armada no va a ser capaz de aniquilar a la guerrilla salvadoreña en un futuro previsible, ni siquiera aunque incremente todavía más la ya abultada ayuda bélica norteamericana. De este modo, el cierre de toda solución política realista (lo que las elecciones no son) representa en la práctica una opción por la profundización de la guerra. Así lo declara más o menos abiertamente el discurso del Secretario Adjunto para Asuntos Interamericanos, Thomas O. Enders, el 16 de julio.*

*La profundización de la guerra arrastra la destrucción del sistema productivo salvadoreño. Si mala era la situación económica de El Salvador a finales de 1980, seis meses de guerra formal lo han dejado ya en el rojo de la catástrofe; optar por la continuación y agudización de la guerra significa de hecho condenar al país al caos y a la dependencia total respecto a las ayudas norteamericanas. Esto lo ha entendido bien la empresa privada, irritada y desesperada por una conducción política del país que sólo le ofrece horizontes cada vez más negros y el magro consuelo de que "podría ser peor".*

*Los discursos de julio muestran que la decisión de profundizar la guerra como única salida al conflicto ha servido para reunir a las fuerzas insurgentes, mientras ha desencadenado agrias disputas y confrontaciones entre los grupos en el poder. La incapacidad para derrotar militarmente al FMLN, hace más insoportable la crisis económica y agudiza las diferencias entre empresa privada y Democracia Cristiana, en tanto que los Estados Unidos, parte interesada y soporte final del PDC, pretende constituirse en árbitro entre ellos; y la Fuerza Armada, tras precipitar la crisis pública, se sume en un significativo silencio. En este contexto adquieren particular importancia, por un lado, el discurso de Enders del 31 de julio y su aplicación local por parte del Embajador Hinton, y, por otro, el informe del Ing. Duarte del 22 de julio, víspera del "Simposio para el análisis y perspectivas del sector productivo", organizado por la empresa privada.*

*Los discursos no sólo ponen de manifiesto la división entre los sectores en el poder, sino la búsqueda de una unidad entre fuerzas conservadoras para hacer frente al "enemigo común" y lograr restablecer en El Salvador el orden social ajustado a su conveniencia, ahora perdida.*

## **2. Lo que dicen los discursos.**

*Todos estos discursos son tan significativos por lo que dicen como por lo que callan, por los aspectos que enfatizan como por aquellos que dejan en la penumbra. Entre lo que dicen, tres ideas son particularmente importantes: la actual crisis de El Salvador es gravísima, su causa es la subversión de los grupos revolucionarios, y el actual gobierno es un "mal menor" necesario.*

*En primer lugar, los discursos parten del reconocimiento de que El Salvador se encuentra en un estado gravísimo de crisis económica, política y militar. Enders acepta que El Salvador es "un país dividido", agobiado de problemas y al borde del "caos económico y social". Duarte reconoce que la economía está "en franco proceso de deterioro", ya que "durante estos últimos meses, el país ha vivido permanentemente enfrentando la contracción que ha sufrido la actividad económica", e incluso "el esquema de la descomposición social". Hinton es todavía más explícito y concreto: "desde 1978, la renta nacional per cápita ha declinado en El Salvador un 25% y la inversión privada en un 70%, mientras que sólo en 1980 hubo una fuga de capitales privados del país de por lo menos 650 millones de colones". Y si grave es la situación económica, no menos seria es la situación militar: según Hinton, sólo en los primeros seis meses de 1981 la Fuerza Armada había sufrido más de 1,300 bajas, "incluyendo más de 350 muertos en acción".*



*En segundo lugar, los discursos apuntan a que la causa de esta crisis del país es debida fundamentalmente a la subversión de las fuerzas insurgentes. Enders afirma que El Salvador es "la víctima de un mortal desafío" de los grupos insurgentes, entrenados, pertrechados y manipulados por Cuba. Paradójicamente, al pretender anticiparse a la acusación de que Estados Unidos está interviniendo en El Salvador, y a fin de subrayar que son los propios salvadoreños los que deben resolver el conflicto, Enders señala que "el conflicto fue salvadoreño en sus orígenes", afirmación no muy consistente con el resto del discurso. El mismo Ing. Duarte, que todavía no hace mucho insistía en que los problemas fundamentales de El Salvador se debían a una historia de profunda injusticia estructural, en su informe del 22 de julio parece darle más importancia a los factores coyunturales de la "agresión extremista" y "las actividades de desestabilización que la ultraizquierda ha venido desarrollando en el país".*

*En tercer lugar, los discursos tratan de justificar al actual gobierno, y hacen un llamado a la unidad de las fuerzas de derecha frente al verdadero y único enemigo al que califican como "la extrema izquierda". Para Enders, el gobierno de El Salvador "dispone de una política consecuente y estable", que está tratando de salvar las divisiones entre los salvadoreños "por medio del establecimiento de un sistema más democrático", por lo que merece la colaboración de todos los grupos no-violentos, al menos en su lucha contra la guerrilla y en su propuesta de futuras elecciones. "La realidad básica, sin embargo, es que la violencia está llamada a ser contrarrestada por la violencia hasta que se conciba un proceso político racional y legítimo que rompa este círculo vicioso". Duarte, tras reconocer la gravedad de la crisis económica, expresa de diversas maneras que la situación sería todavía peor de no haber mediado la política de su gobierno. Así, por ejemplo, de no ser por el Plan de Emergencia, se habría dado "una contracción de la economía aún mayor de la que estamos sufriendo actualmente" y, de no haberse dictado el Decreto 544, "el proceso inflacionario se hubiese acelerado hasta llegar a niveles incontrolables". Según Duarte, "en alguna medida todos tenemos responsabilidades por acción u omisión, en la crisis que nos azota. Pero más que el momento de las recriminaciones..., busquemos la unidad de todos los salvadoreños y luchemos por alcanzar los objetivos nacionales que plantea el gobierno revolucionario". El sentido de este llamado a la unidad es expresado en forma más clara y explícita por el Embajador Hinton: "Enfrentados a un enemigo común, la extrema izquierda, armada desde fuera, otros salvadoreños deberían moderar sus diferencias".*

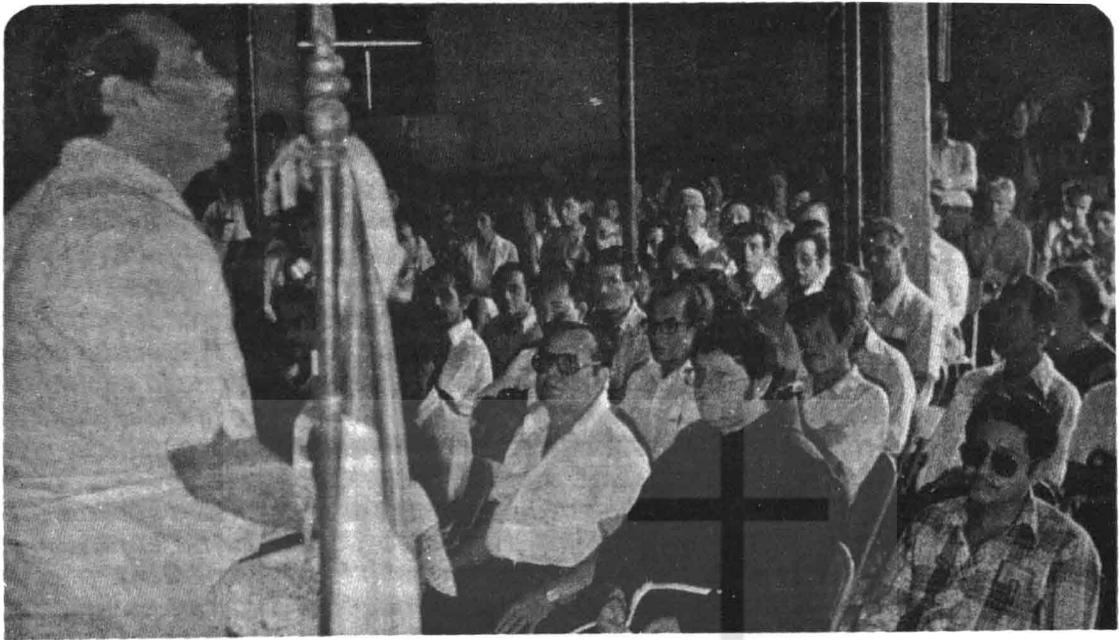
### **3. Lo que callan los discursos.**

*Tan importante como lo que se dice en estos discursos de*

*julio es lo que no se dice. Entre las lagunas más significativas puede señalarse: la referencia a las causas profundas y últimas del conflicto salvadoreño, al papel de la ilegitimidad gubernamental y de la masiva represión contra el pueblo, y a la responsabilidad en el conflicto que tengan la gran empresa, la Junta de Gobierno o los Estados Unidos.*

*El primer punto omitido, o relegado a un segundo plano, es el más grave. En lugar de contemplar la grave crisis actual de El Salvador a la luz de los problemas estructurales, se la ve simplemente a la luz inmediata de la subversión o de la descapitalización del país. Para Enders, el conflicto salvadoreño no tiene más raíces que la agitación propiciada por Cuba y, aunque reconoce muy indirectamente que hay otros problemas, éstos serían agravantes pero no causales. El mismo Duarte ya no enfatiza las raíces estructurales de la crisis, como hiciera en anteriores ocasiones, y subraya repetidas veces que "su gobierno no ha creado la crisis actual, sino que la ha heredado de gobiernos anteriores". Pero la postura más significativa en el olvido de las raíces profundas del problema la mantiene el Embajador Hinton. Según él, "ni éste es el lugar, ni hace falta determinar la responsabilidad por los problemas del pasado. Quizá nos baste con observar que, en octubre de 1979, las FPL y el BPR reclamaron, y siguen reclamando hoy, el "poder para el pueblo", una frase que Lenin explotó hace cincuenta y cinco años para que los bolcheviques asumieran el poder, y que hoy día significa el poder para los marxistas-leninistas de El Salvador. Su declarada estrategia de la "guerra prolongada" pretendía lograr la victoria hundiendo la economía". En sana epistemología, el párrafo anterior suprime de un plumazo la historia, para atribuir la responsabilidad principal de la crisis a quienes, como producto de esa historia, se atreven a hacer hoy en El Salvador el más democrático de los reclamos: que el poder político sea realmente puesto en manos del pueblo.*

*En segundo lugar, los discursos de julio ignoran o dejan en la penumbra el papel del aparato estatal en la conformación de la crisis actual, sobre todo en lo que tiene de irracional y violenta. La incapacidad del presente gobierno para reducir o, por lo menos, para impedir el incremento de la represión propiciada por sus propios órganos de seguridad, ha sido la prueba continua no ya de su impotencia como gobierno, sino de su falta de base para reclamar legítimidad frente al pueblo. La creciente ola represiva contra los sectores más diversos de la sociedad, por causas de orden político e ideológico, ha constituido y sigue constituyendo razón más que suficiente para el rechazo al orden que ejecuta y justifica tamaña barbarie. La violencia revolucionaria ha sido en El Salvador respuesta a la violencia estructural y represiva del poder establecido, y no a la inversa; más aún, ni cuantitativa ni cualitativamente resultan equiparables una y*



*otra, como han reconocido las instancias imparciales más diversas. Nada aclara, en este sentido, condenar la violencia "venga de donde venga", como si todos fuéramos responsables en el mismo grado y de la misma manera, o como si no hubiere diferencia, por ejemplo, entre la muerte en combate de un soldado (de uno u otro lado) y el asesinato de familias y aun poblaciones enteras. Este igualamiento es todavía más injusto si, como hacen los discursos de julio, a la hora de nombrar culpables sólo se identifica a los grupos populares o a los movimientos insurgentes. Una cosa es no condenar a la Fuerza Armada de una manera genérica y absoluta, y otra muy distinta es callar interesadamente lo que la misma juventud militar reconoció en su proclama del 15 de octubre de 1979, es decir, la parte de responsabilidad que le había correspondido en la crisis actual del país. Y, a no ser que se pretenda identificar a la Fuerza Armada (o a una parte de ella) con uno de los polos, la represión no queda explicada en modo alguno dentro del esquema propagandístico de "lucha entre las extremas".*

*En tercer lugar, llama la atención la ausencia de la más mínima autocrítica. Ni Enders deja entrever siquiera la duda de que los Estados Unidos hayan podido errar en su política hacia El Salvador, o que hayan podido contribuir o estar contribuyendo a la crisis actual; ni Duarte acepta que su gobierno haya podido cometer error alguno, o haya puesto en ejecución medidas contraproducentes; ni Hinton recuerda a la empresa privada, o la empresa privada reconoce en su Simposio, la parte de responsabilidad que les corresponde. Si no se admiten los posibles errores coyunturales, mucho menos se menciona la culpa que los Estados Unidos, o la gran empresa, hayan tenido en generar, propiciar y mantener una situación de injusticia estructural que ha abocado a la presente crisis y conflagración.*

#### 4. Niveles de significación de los discursos.

*Lo que dicen y lo que no dicen los discursos de julio puede ser entendido a diversos niveles. A un primer nivel, es evidente que el creciente fracaso en lo económico y la falta de éxito en lo militar han hecho aflorar las disensiones entre el PDC y la empresa privada. A la mayoría de los grandes empresarios nunca les satisficieron las medidas reformistas propiciadas por la Junta de Gobierno, por más que fueran capaces de quitarle mordiente a la reforma agraria, y hasta sacar provecho de la nacionalización de la banca. El punto no era tanto el costo directo de las reformas, cuanto la pérdida indudable de plataformas de poder social y la aceptación, para ellos gravísima, de un precedente histórico. Sin embargo, la evolución de los acontecimientos les obligó a aceptar el comienzo de las reformas, como el pago mínimo para la preservación de un estado de cosas que cada vez se les iba más de las manos. El hecho de que, a nivel oficial, la Fuerza Armada respaldara esas reformas, y de que contaran con el beneplácito norteamericano, las convertía en una píldora amarga que había que tragar. O eso, o el comunismo —se les decía—, y Enders volvió a repetirlo en su discurso: “No hay otra alternativa si se quiere evitar el caos económico y social y una posible victoria guerrillera”. La contrapartida de las reformas se cifraba, por tanto, en el aniquilamiento del “comunismo”, la supresión total de los movimientos insurgentes, y el restablecimiento del orden y la paz en el que la gran empresa privada pudiera reiniciar su lucrativa existencia anterior.*

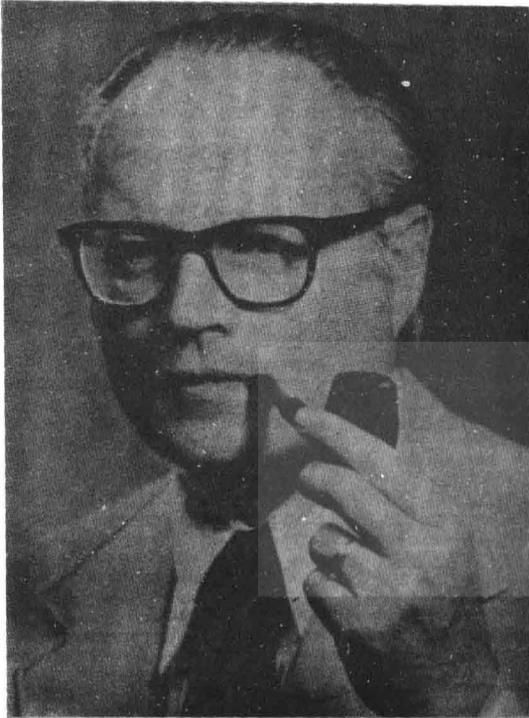
*Mal que bien, las reformas se empezaron a implementar; sin embargo, la victoria militar ha eludido una y otra vez a las fuerzas gubernamentales que, en lugar de restablecer el orden y la paz, han mostrado su impotencia frente al descalabro económico, político y social. La copa de la paciencia de los empresarios privados se fue colmando, y un comentario público del Coronel Abdul Gutiérrez —avalado por otros altos jefes de la Fuerza Armada— sobre una medida de orden económico, abrió la puerta por la cual evacuaron su frustración. El fracaso se debería a la incapacidad y mala voluntad política del PDC que, con su doctrina “comunitarista”, en el fondo no representaba sino una variable del comunismo, enemigo de la empresa privada. La Fuerza Armada no tendría que permanecer atada al PDC, sino que podía y debía buscar nuevos socios para la conducción política del país. ¿Y quién mejor preparado y más adecuado para semejante tarea que el sector de la empresa privada?*

*La confrontación entre PDC y empresa privada alcanzó momentos de gran violencia moral y, mientras unas declaraciones de Duarte al New York Times tildaban a la derecha de ser el verdadero peligro para El Salvador, la empresa privada acusaba a Duarte de estar llevando al país hacia una forma larvada de*

*socialismo. Ambos grupos movilizaron sus recursos políticos: la empresa privada intensificó sus cabildeos con influyentes sectores norteamericanos y militares amigos, y el PDC agitó el apoyo de la Democracia Cristiana Internacional y presionó al Departamento de Estado. La Fuerza Armada, en un inteligente proceder, permaneció públicamente ajena al debate, cultivando su imagen de profesionalidad en el cumplimiento de sus tareas específicas, y aparentemente inmune a los cantos de sirena. Por el contrario, Estados Unidos intentó por todos los caminos mediar en el conflicto, ya que necesita tanto de la fachada política del PDC como del quehacer económico de la empresa privada, para implementar su particular solución al conflicto salvadoreño. De ahí los llamados a la concordia y a la unidad frente al único enemigo, "la extrema izquierda".*

*La postura de los Estados Unidos apunta a un segundo nivel de significación de los discursos de julio. Más allá de las contradicciones secundarias entre PDC y empresa privada, es evidente que las fuerzas en el poder necesitan perentoriamente un movimiento y un discurso político capaz de aglutinarlas a todas, y capaz también de atraer a sus filas a los sectores medios. Hasta ahora, ningún planteamiento ha resultado convincente para todos, ningún proyecto ha tenido atractivo suficiente como para lograr una unidad de propósitos y fuerzas. No es fácil lograr semejante planteamiento cuando se pretenden meter en el mismo costal el convencimiento reformista de los unos con la intransigencia de los otros, los intereses creados de los menos con las profundas necesidades de los más. Sólo en el contexto de tal penumbra ideológica se explica la continuada presencia del PDC en el poder, y su cada vez más tenue y moderado discurso reformista. Parece claro que, tanto para los Estados Unidos como para quienes hoy guían a la Fuerza Armada salvadoreña, el PDC resulta un socio incómodo y problemático, para el que hoy por hoy no tienen alternativa. Frustrados los esfuerzos para separar el MNR del FDR, o de generar en el país una alternativa socialdemócrata con alguna credibilidad en el foro internacional, Estados Unidos no tiene más remedio que seguir dando su respaldo al PDC, y buscando febrilmente una plataforma común mínima que sirva para aunar a los grupos de derecha y justifique su proyecto político para El Salvador. Los discursos, tanto de Enders como de Hinton, son el mejor exponente de que sólo el control económico y militar de los Estados Unidos sirve de base a un proyecto que ni siquiera a sus lógicos beneficiarios locales convence y pone de acuerdo.*

*Lo cual nos lleva a un tercer nivel de significación de estos discursos, que es la miopía política resultante de unas premisas poco racionales. Una vez que se parte del supuesto de que sólo son aceptables aquellas soluciones políticas que excluyan al movimiento popular y a las fuerzas revolucionarias, es difícil, si no imposible, encontrar un proyecto viable para El Salvador. En*



*otras palabras, cualquier alternativa que se piense para El Salvador, que prescindiera del papel del pueblo organizado, como único garante real de sus intereses, está abocado de antemano al fracaso. Aplicado a la situación actual, esto significa, por un lado, que son los Estados Unidos quienes realmente están conduciendo la política del país; por otro, que esta conducción se encuentra en un costoso callejón sin salida, debido a la obstinación de no reconocer a quienes, cuando menos, representan legítimamente los intereses marginados de un sector considerable de la población. A los Estados Unidos les compete la responsabilidad histórica de estar acorralando a El Salvador en una situación límite, de estar bloqueando interesadamente el único camino por donde, antes o después, ha de encauzarse la solución a los problemas del país, en un aplazamiento irracional que se paga en sangre humana.*

##### **5. Una visión distorsionada y falsa del país.**

*Desde nuestra perspectiva universitaria hemos querido decir una palabra de racionalidad, e iniciar un análisis más realista y profundo. La importancia de estos discursos es tanto mayor cuanto que corresponden a los sectores que tradicionalmente han detentado el poder en El Salvador, o han influido en él, y que actualmente intentan implantar una solución que lleva con-*

*sigo una muy alta cuota de destrucción y de muerte; una solución inadecuada en la medida en que se fundamenta en criterios y bases poco consistentes.*

*Los discursos de julio, más allá de su carácter anecdótico, reflejan una visión distorsionada y falsa del país, una visión forjada a partir de intereses estratégicos a corto plazo, y no a partir de datos objetivos y de una búsqueda sincera de soluciones. Frente a esta visión deformada, frente a este diagnóstico falaz, y frente a esta terapia inadecuada, hay que reafirmar que una solución para la crisis de El Salvador pasa necesariamente por el reconocimiento lúcido de sus raíces estructurales y de sus condicionamientos presentes. Sólo una solución verdadera constituye una alternativa realista y una posible verdadera solución. Pero una solución verdadera pasa también por el reconocimiento de las fuerzas insurgentes, como interlocutor legítimo, por la transformación radical de las estructuras obsoletas e injustas que han caracterizado secularmente a la sociedad salvadoreña, así como por la materialización de aquellos mecanismos políticos y sociales que permitan de cara al futuro garantizar los derechos humanos fundamentales del pueblo.*

*Mientras estos presupuestos no se acepten, El Salvador seguirá debatiéndose entre la vida y la muerte, y el caos político, económico y social alcanzará cotas cada vez más profundas. Discursos como los de julio patentizan una ceguera, o una falta de voluntad por encontrar una solución real al conflicto del país y, por tanto, sólo sirven para prolongar y aun agravar la sangría ya intolerable del pueblo salvadoreño.*

*Agosto, 1981.*